

LA CONVERSIÓN Y LA CONFESIÓN

Los católicos hemos usado a menudo la palabra “converso” para indicar al que volvía al catolicismo después de haber apostatado de la fe de diferentes modos. Se hablaba así de “vidas de convertidos”. En lo que sigue, por el contrario, quiero mostrar como todo pecado es una apostasía y como todos debemos ser conversos. La conversión es la gran tarea de liberación a la que somos convocados quienes seguimos a Cristo.

1. El hombre pecador

En el Antiguo Testamento aparece con frecuencia la imagen del pueblo israelita como apóstata. Su falta de fe, su idolatría, su rebelión son presentadas como prostituciones, impurezas y enfermedades. La voz profética denomina a Israel “la mujer apóstata” (*Jeremías* 3,6). Pero los “hijos apóstatas” reciben el llamado de Dios para traerles remedio. El mismo Dios limpiará y sanará a su pueblo de sus pecados (*Jeremías* 3,14. 22).

El *Génesis* (3,1-24) en el lenguaje colorido que conocemos nos presenta con gran profundidad la actitud apóstata. El rompimiento con Dios comienza con una discusión sobre la Palabra divina y sobre Dios mismo, pero termina en el ocultamiento y en la huida. Ahora bien, Dios no deja solo al hombre fugitivo, sino por el contrario le sale al encuentro y le dirige su Palabra: “Adán, ¿dónde estás?” (v. 9). “Dios llamó al Hombre” para colocarle delante de su propia realidad. El hombre pasa vergüenza, pero no queda destruido o aniquilado.

En el Nuevo Testamento Jesús presenta al pecador bajo la figura de una oveja perdida y a sí mismo como el Buen Pastor (*Lucas* 15,4-7; *Juan* 10,11). El pastor vuelve al cansancio del camino, llama, encuentra a la oveja y la carga con amor sobre sus hombros. Regresa entonces con la alegría de una carga noble: la oveja alejada se integra en su rebaño y todo el mundo se alegra (*Mateo* 18,12-14). Igual que la oveja perdida, el hombre pecador se encuentra desorientado, solitario, confundido con un mundo que se le viene encima. Sin embargo, notemos que en el camino de vuelta, por lo menos el Pastor es compañero. Lo mismo sucede en el movimiento de conversión, cuando todos parecen asombrarse del “cambio”, sabemos que Dios no nos deja solos y nos acompaña en medio de un silencio místico.

2. El hombre convertido

Para el Antiguo Testamento lo que nosotros llamamos penitencia se describe más bien con palabras vivaces que hablan de un “volver-se”, de un “cambio del corazón”. Se trata de algo muy definitivo: hay que dejar la dureza de un corazón de piedra, impenetrable, frío, inflexible para pasar a un corazón de carne capaz de sentir, sufrir, vivir (*Jeremías* 32,39; *Ezequiel* 32,26; *Salmo* 50,12). Eso significa que el hombre debe dar una vuelta radical. El caminante de una ruta de pecado que conduce al olvido de lo humano y a la negación del amor, debe virar ciento ochenta grados y comenzar a desandar lo andado por la senda equivocada, para tomar otra dirección. Volverse significa retomar el cansancio y el peso de un camino para intentar caminar por otro, que conduce de alegría en alegría por un itinerario heroico, hasta la plenitud. Como tocado por un rayo –la Palabra de Dios que afilada como espada de dos filos (*Hebreos* 4,12)– el hombre pecador deja el camino de su fuga por donde va perdido entre los perdidos, para iniciar aunque maltrecho la “vida de la paz” (*Lucas* 1,79).

En la parábola neotestamentaria de la mujer pecadora (*Lucas 7,36-50*) se ve como su vida primera ha muerto, y al morir comienza a vivir para Dios en Jesús. Al llamado que impulsa a volverse, el hombre responde. En el caso de la pecadora, las lágrimas son respuesta-responso: el encuentro virginal del esposo. Se ha dicho que en la etimología de responder está la palabra latina *sponsa*, que significa novia, esposa. ¿Pero cómo puede una prostituta dar una respuesta virginal?

También los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob son con-versos: de pronto la Palabra de Dios irrumpe con fuerza y les obliga a cambiar de rumbo. Pero esa conversión, ese volverse a Dios es al mismo tiempo un acto creador de Dios que a ellos y a nosotros nos hace nuevos. Dios creó a Israel como a un pueblo nuevo (*Isaías 43,15*). ¡Por eso, puede hacer de la prostituta una esposa nueva!

El hombre perdido, nuestro contemporáneo, provocado por mil estímulos de una sociedad de consumo, lucro y técnica que le impide ver el para qué y el sentido de su vida, se siente absurdo. Por una semilla divina, empero, se detiene en su camino y pregunta: “¿Qué debo hacer?”. La Palabra de Dios a través de sus profetas y ministros surge como en el primer llamado de Jesús: “¡Conviértanse, hagan penitencia, cambien de mente!” (*Marcos 1,15*); ¡acepten el camino de “conversión que lleva a la Vida”! (*Hechos 11,18*) como dice san Pedro. El hombre convertido es un muerto y resucitado, que ha pasado de las tinieblas a la luz (*1 Juan 1,7*), que se ha identificado a Cristo por una muerte y una resurrección semejantes a las suyas (*Romanos 6,1-11*). De suerte que ser convertido no significa solamente cambiar un comportamiento moral, sino transformarse íntegramente en cuanto hombre, como si se volviese a nacer de lo alto (*Juan 3,3*). El bautizado es, ante todo, un convertido. ¿Qué significa? ¿Que no debe convertirse más? En realidad, el cristiano que vive en Dios no puede pecar (*1 Juan 3,9*) por la semilla de divinidad que está en él. Y, sin embargo, debe convertirse constantemente. ¿Por qué? Porque la conversión no es un acto, ni muchos, sino una actitud existencial, como un movimiento ininterrumpido de recuperación del pasado, propio, que se olvida y se pierde en la vida pecadora.

3. Vivir en la conversión

San Juan sabe, con todo, que la comunidad cristiana es débil y con carencias. El que dice que no ha pecado es mentiroso (*1 Juan 1,8*). Necesita volver siempre al primer amor, como Oseas quiere que haga su pobre mujer (*Oseas 2,22*). El mismo Jesús que ha mandado bautizar a sus apóstoles, les manda ofrecer la eucaristía de su Cuerpo y su Sangre para “la remisión de los pecados” (*Mateo 26,26; Marcos 14,22; Lucas 22,19; 1 Corintios 11,23*).

El cristiano convertido, el converso, para volverse, debe gritar. La oración, el gemido y las lágrimas del penitente conducen al giro de la conversión (*Lucas 7,11-17*). Por eso, toda la vida cristiana está signada por una oración que nos hace pedir a cada momento que Dios nos perdone “como nosotros perdonarnos” (*Lucas 11,4; Mateo 6,12. 14*). “Dios espera nuestra conversión para volver, también él, a la gracia”, dice san Ambrosio de Milán (*De paenitentia*, lib. I, cap. 5, n. 22; S.C. 179, p. 71).

Ya se visualizan los frutos de la penitencia: reconocer a Dios como único Dios. Es una nueva relación que, dejando todo ateísmo práctico, nos da sustento a nosotros mismos. Sin ese reconocimiento es imposible la conversión al prójimo. Al reconocer a Dios nos aceptamos como creados “a su imagen y semejanza” (*Génesis 1,26-27*), como espirituales, libres y destinados al amor. Que el hombre sea imagen de Dios quiere decir que es capaz de *llamar* al prójimo, interpelarlo cuando lo ve perdido “en el medio del camino de su vida”, como canta Dante, y salir al encuentro de su mal para remediarlo. Igual que el Padre, el hombre podrá decir a su hermano: curaré tus apostasías, “te perdonaré de corazón” (*Lucas 18,35*).

Así queda constituida la comunidad, por un amor-don. Vivir en la conversión, no es asunto puramente personal, sino también comunitario. Toda la Iglesia ayuda a vivir la conversión. Para eso es preciso comprender cómo la penitencia no es un movimiento interior independiente de Cristo y de la Iglesia. La auténtica conversión, en el Espíritu Santo, debe hacernos experimentar el misterio pascua] de Jesús. Sólo entonces podemos salir de nuestro abandono y entrar en la celebración festiva del Padre que se alegra por el regreso del hijo perdido (*Lucas 15,24*). ¡Conversos que llegamos como en la conversión litúrgica de la cuaresma al canto del alleluia pascual, hemos superado la traba del pecado para entrar en la libertad espontánea que alaba a Dios!

El sacramento de la Penitencia es la confirmación de que nadie está solo en su conversión: es el reencuentro consigo mismo y con los otros en el Otro, superando definitivamente una vida de ruptura, de corrupción (en el sentido etimológico de “co-rrumper”) para entrar en la vida de comunión, que provoca el gozo de la comunidad ya liberada y libre (*Lucas 15,7*).

*José Cubas 3543
Buenos Aires, Argentina*

Nota: Recomiendo los artículos de T. SCHNEIDER, *Busse, Umkehr, Metanoia*, en “*Dienender Glaube*” 48 (1972), pp. 225, 255, 283, 317, que me han inspirado estas reflexiones.